

EL AMIGO DEL PUEBLO.

DIOS ASOCIARÁN A LOS QUE HAY HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, POR QUE ELLOS SERÁN JUSTOS.

Suplemento del Mensajero para la Independencia, número 22.

EL AMIGO DEL PUEBLO.

VIERNES 16 DE ABRIL DE 1950.

Asociación popular.

ARTÍCULO 2.º

La constitución de Chile garantiza el derecho de asociación; de consiguiente todos los ciudadanos podemos reunirnos a fin de tratar lo que pertenece al interés de la República i a nuestros intereses individuales.

Siempre que la afijación de la libertad compeve los corazones, instigativamente arrastra a los hombres a reunirse entre sí para comunicarse sus esperanzas i su entusiasmo i para fortalecerse en la lucha contra el poder, por medio del mutuo apoyo. Por esta razón los gobiernos despóticos han trabajado siempre por anular ese sagrado derecho; i en Chile desgraciadamente han conseguido su objeto, hasta el punto de haber hecho comprender al pueblo que el asociarse para tratar de negocios políticos, es un motivo de sedición que la lei castiga.

El pueblo está en su derecho, cada vez que se reúne en juntas para discutir lo que

interesa a su bienestar; i en el día esta asociación, ha llegado a ser indispensable.

Cuando los encargados de velar sobre la suerte de la patria olvidan sus sagrados deberes por ocuparse de sus mesquinos intereses, se hace necesario que los hombres de corazón i de patriotismo, se esfuerzen por mantener en la República el equilibrio moral que sostiene al poder con su independencia.

Las altas cuestiones de interés público han desaparecido del círculo de retrogrados que tiraniza a la República, para verse a refujar en el seno del partido de la reforma que trabaja con el pueblo i por el pueblo. Esas cuestiones encierran principios en que vivían envueltos el porvenir i el esplendor de la patria. Esos principios son los que deben servirnos para que derramados i comprendidos por todas las clases de la sociedad, puedan los ciudadanos sostenerlos contra los brutales ataques del poder.

La asociación que provoca la discusión es siempre benéfica i saludable: ella ilumina haciendo que la verdad aparezca al fin, libre de las nubes del error.

Asociarse en la paz con el santo i patriótico intento de reformar en bien del país,

es la manera de fortalecer i de dar dignidad a la República.

El pueblo que se acostumbrara una vez a reunirse para discutir sus intereses, no obedecerá por a ciegas; i en su marcha política será guiado por la luz de la inteligencia i de la razón.

Acostumbrados al pueblo a ser más social, más comunicativo, acostumbrados a buscar su fuerza en la fraternidad i en la discusión de sus intereses. Así podrá conseguir el remedio de sus necesidades i de su frustración, sin pasar por la dura i peligrosa situación de un movimiento revolucionario. La asociación en la paz, suaviza los espíritus, abre un horizonte a las esperanzas de los pueblos i calma esos excitamientos peligrosos que traen por inevitables resultados la sangre i las violencias.

La asociación popular que predicamos, es esa que fortalece a los hombres con un lazo de fraternidad i de mutuos intereses, es esa que marcha serena i pacífica al frente de los enemigos de la reforma, es esa que da al pueblo fuerza moral para resistir sin violencia los golpes del poder, es esa que defiende la justicia que acompaña su causa i ennoblecida por el patriotismo para rechazar todo trastorno ricochete i destructor.

FOLLETTIN.

EL COLLAR DE LA REINA.

Por Alejandro Durán.

CAPÍTULO I.

NOY MILLONES DE ASESINOS.

(Continuación.)

Heamos olvidado decir que al salir de un momento de peregrinidad habian vuelto a proseguir su camino.

Una de ellas, la morena i majestuosa, agachaba sus labios en un gesto de fría, hielosa perdula, i rozaba en su esbelta recta i firme ancha del vientro que anudaba el trineo en su rígida carrera. Avanzaba de un lado en la iglesia de la Santa Cruz de Antú, i principialmente a descender la noche sobre París, i con la noche el día.

En ese momento los carruajes habian llegado por la cerca de la puerta de san Dionisio.

La dama del trineo, que tenía el rostro sobre la luna, hizo señas a los dos hombres de la vaguancia, quienes se bajaron del trineo de las dos damas acelerando el paso del caballo negro. Luego se volvió la misma dama hácia la retaguardia, com-

puerta de otros tres trineos conducidos cada uno por un cochero en libertad, y los dos cocheros obedecieron la señal que señalaba de partir, descompararon por la calle de san Dionisio.

Por su parte, como hemos dicho, el trineo de los dos hombres alzóse de las dos mujeres, i luego desapareció entre las primeras brumas de la noche que se condensaban al rededor de la colosal construcción de la Bastilla.

El segundo trineo se paró al llegar al baluarte de Montmartre; de ese lado, eran ya los presurosos, pues los había dispersado la noche, i por otra parte, en ese barrio apartado, venía pocos los riesgos que se aventuraban a andar sin faros i sin escolta, desde que el gobierno había agotado los cueros de tres a cuatro mil mendigos sospechosos, cooperados, pagados a punt en la noche.

La dama que habia dicho para las señoras, tocó con la punta del dedo al hombre del carruaje que conducía el trineo.

—Walter, —dijo ella, —¿cuánto tiempo necesitas para conducir el carruaje desde aquí?

—Madama toma el carruaje! —preguntó el cochero con acento alborotado de los más remuñados.

—Si, vulvere, por esas calles para ver los fuegos, i como los calles están más estrechas que los lunares, el trineo marchaba mal. Además he soñado un punto de frío, i vos también, ¿no es verdad, asagunna? —dijo la dama dirijiéndose a su acompañadora.

—Si, señora, —respondió esta.

—Ah, ya lo sé, Weber. A cada cosa, con el carruaje.

—Bien, señora.
—¿Cuánto tiempo necesitas?
—Media hora.

—Esa bien. Ved qué hora es, querida.
En ese momento de las dos damas, una de ellas se volvió al carruaje i miró la hora que era con bastante diligencia, pues el hecho, o sea que habia entrado la noche, estaba oscuro.

—Las seis menos cuatro, —dijo.

—Conque a las seis menos cuatro, Weber.
I al mismo tiempo palabras, la dama salió fuera del trineo, dio la mano a su amiga i se dejó, mientras que el cochero, muy grueso de respetuosa desconfianza, murmuró en voz bastante alta para ser oída de las señoras:

—¿Qué hora es? ¿Dios solo, qué hora es!

Las dos señoras se elevaron a reír, enfelicitándose en sus palabras, cuyos onellas habian hecho las señoras, i atravesaron la calle de san Dionisio, dirijiéndose en línea recta la noche bajo sus respectivos paños calientes de finas babuchas bordadas de pieles.

—Ves que tenía buena vista, Andrea? —dijo la dama que parecía de más edad, sin embargo de que no debia tener de treinta o treinta i dos años.
—Mira si puedes leer en sus espaldas el nombre de la calle.

—Calle de Pont-aux-Choux, señora, —dijo la más joven de ellas.

—¿Qué calle es esta del Pont-aux-Uchoux?